



Todos los fuegos el fuego

All Fires the Fire

Tomo prestado el título de Cortázar para vincular el fuego violento del volcán de La Palma con los fuegos innumerables que sugieren para nuestra época el nombre de Piroceno, reemplazando al muy difundido Antropoceno (Paul Crutzen, 2000), al más geográfico Urbanoceno (Geoffrey West, 2018) y al combativo Capitaloceno (Jason W. Moore, 2017). De estos tres antecedentes nos hemos ocupado en nuestro número **189**, que reproducía mi discurso académico de 2012; **206**, donde se comentaba la propuesta de West; y **237**, con el debate en 2020 entre dos miembros de la ‘academia radical’. Ahora llega el momento del Piroceno, elegido como título de su libro de 2021 por Stephen Pyne, un historiador del fuego que argumenta elocuentemente la singularidad pírica que se inicia con el uso de combustibles fósiles, responsables al cabo del calentamiento global y la proliferación de incendios devastadores en todo el planeta, de Australia a California, pero también en nuestra cuenca mediterránea e incluso en Siberia o Groenlandia. «Hemos creado una edad de fuego, y ahora debemos vivir en ella».

Estudiando el carbón fósil sabemos que el fuego está presente en la Tierra desde hace 400 millones de años, causado por volcanes o más frecuentemente rayos, y hecho posible porque la vida en los océanos había creado una atmósfera rica en oxígeno, y la presencia de vegetación aportaba el combustible para la llama, de suerte que vida y fuego resultan al cabo ser inseparables. Con la aparición de los homínidos, el fuego comienza a controlarse para la protección de depredadores, la preparación de comida y herramientas, y la provisión de calor e interacción social, pero ese fuego antropogénico que surge hace algo más de un millón de años usa la misma biomasa viva que había alimentado los fuegos espontáneos de la naturaleza. La genuina transición pírica se produce con la utilización de biomasa fósil; el combustible lítico de la máquina de vapor y la Revolución Industrial abre un periodo enteramente nuevo, para el que se sugiere el nombre de Piroceno, y que sería la tercera época del periodo cuaternario, tras la edad de hielo del Pleistoceno y la etapa interglacial del Holoceno.

El espectáculo sublime y terrible de la erupción de un volcán sitúa nuestras tribulaciones actuales en el marco geológico de los fuegos primigenios y su papel autocatalítico, mantenido en la posterior domesticación por el ser humano para crear una ecología del fuego donde la destrucción creativa del incendio, que incluye la agricultura de tala y quema, promueve la coevolución de este con el paisaje. Pero el tránsito prometeico a la combustión industrial, que suministra —como señala Pyne— «luz sin calor, calor sin humo, humo sin fuego, fuego sin llama», supone también la multiplicación paradójica de fuegos ferales provocados por la interacción entre el clima y unas economías basadas en el carbón, el petróleo y el gas. Los actuales incendios incontrolados, que hacen olvidar la coexistencia milenaria de la vida y el fuego, provienen precisamente del enclaustramiento de la llama y su alimento fósil, y están quemando la casa de todos. Todos los personajes del cuento de Cortázar perecen al final entre las llamas y el humo: como nosotros, también ellos vivían bajo un volcán.

Luis Fernández-Galiano



I borrow Cortázar's title to connect the violent fire of the volcano in La Palma with the countless fires that suggest for our time the name Pyrocene, instead of the standard Anthropocene (Paul Crutzen, 2000), the geographic Urbanocene (Geoffrey West, 2018), and the militant Capitalocene Jason W. Moore, 2017). We have dealt with these three labels in our issue 189, with my Academy lecture of 2012; 206, which commented the proposal of West; and 237, which took stock of the debate in 2020 between two members of the 'radical academy.' Now is the turn of the Pyrocene, chosen as the title of his book by Stephen Pyne, a fire historian who eloquently argues the pyric singularity that starts with the use of fossil fuels, responsible for global warming and the proliferation of devastating fires, from Australia to California, but also in the Mediterranean and even Siberia or Greenland. "We have created a fire age. Now we have to live in it."

Through the study of fossil coal we know that fire has been present on Earth for 400 million years, sparked by volcanoes or more often lightning, and made possible because life in the oceans had created an atmosphere rich in oxygen, and plants supplied the fuel for the flame, so that life and fire seem inseparable. Control of fire began with the Hominids for protection from predators, preparation of food and tools, and heat supply and social interaction, but that anthropogenic fire, emerged over a million years ago, uses the same living biomass that had fed the spontaneous fires of nature. The genuine pyric transition comes with the use of fossil biomass; the lithic fuel of the steam engine and the Industrial Revolution opens a completely new period, for which the name Pyrocene is now suggested, and that would be the third epoch of the Quaternary period, after the ice age of the Pleistocene and the interglacial period of the Holocene.

The sublime and terrible spectacle of a volcano places our current troubles within the geological frame of primal fires and their autocatalytic role, kept in the later domestication by human beings to create an ecology of fire where its creative destruction, including slash-and-burn agriculture, promotes the coevolution of fire and landscape. But the transition to industrial combustion, which supplies – as Pyne points out – "light without heat, heat without smoke, smoke without fire, fire without flame," also entails the paradoxical spread of wildfires caused by the interaction of climate and economies based on coal, oil, and gas. Today's uncontrollable fires – which make us forget the millenarian coexistence of life and fire, and come precisely from the confinement of the flame – are burning our common home. All the characters in Cortázar's story finally perish in the blaze and smoke: as ourselves, they also lived under a volcano.